EL VERDADERO SENTIDO DE LA VIDA

¿Por qué vivimos? ¿Tiene realmente sentido nuestra vida carcomida por el tiempo? ¿No llevamos ya desde nuestro nacimiento el germen de la muerte en nosotros? ¿Para qué sirve esta vida? ¿Qué misión debemos cumplir? ¿Debe ser realizada esta misión en un plano humanitario, social, ideológico, religioso, artístico, científico o económico? ¿O basta con enriquecerse, adquirir una situación envidiable? ¿O quizás es la procreación y la educación de los niños lo que constituye nuestra única vocación, contribuyendo así al mantenimiento de la especie humana? ¿Puede limitarse a esto el verdadero sentido de la vida?
Toda forma de vida en la tierra y todos los objetivos que en ella podamos perseguir están limitados por el tiempo. Todo está sometido a la ley del nacimiento y de la muerte; todo tiene un comienzo y un fin. La propia medicina ha constatado que, en el seno de la madre, el embrión presenta ya los signos de la vejez y de la decadencia.

Lógicamente, esto debería conducirnos a pensar que en el desarrollo de esta vida el principio de la Eternidad no está presente.
¿Dónde debemos buscarlo entonces?

Una vida es larga, otra breve; una se desarrolla en la opulencia, otra en la indigencia; una existencia se efectúa en un cuerpo lleno de salud, otra en un organismo débil y enfermo. Y, sin embargo, para todos los hombres existe una única META que podemos alcanzar.

La Escuela Espiritual de la Rosacruz Moderna quiere explicarle cómo es posible alcanzar esta Meta. Su Enseñanza se dirige a quienes no han descubierto todavía el sentido de la vida, y que, más o menos conscientemente , están inquietos o atormentados interiormente, pero a pesar de todo mantienen la esperanza de encontrar el principio de la Vida Original, el cual no puede ser atacado por el tiempo ni está sujeto a él.
Veamos primero cómo tratan los hombres, por todos los medios posibles e imaginables, de profundizar en el sentido de la vida, con el fin de darle un significado.
¡Cuantas ideas, cuantos intentos puestos en movimiento para encontrar una salida de esta prisión espacio-temporal! Numerosas personas esperan la realización del ideal de sus vidas después de la muerte. No saben que con la muerte su estado de ser se transforma y que desde ese momento ya no se dispone de la posibilidad de actuar en favor de su liberación.
Sin embargo, si un hombre se interroga con el fin de descubrir el verdadero sentido de la vida, deseando llegar a su comprensión, demuestra con ello que en él hay algo latente que no está sometido a la muerte ni al tiempo. Nuestro mundo perecedero no puede explicar, ni tampoco imaginar, este principio eterno.
Los Rosacruces denominan a este principio eterno *la Rosa*, conscientes de que cada imagen del mundo resulta incompleta. Para designar a esta *Rosa* existen todavía otras denominaciones: Chispa Divina, Átomo-Chispa de Espíritu, Átomo Original, Joya en el Loto… Todos estos términos solo son símbolos tomados de nuestro mundo limitado. No es posible encontrar en nuestra naturaleza temporal e imperfecta las palabras exactas para expresar lo Eterno e Inmutable.

Tomemos , por ejemplo , el símbolo de la Rosa de Oro; el paso de la flor en capullo a la Rosa Blanca, después a la Rosa Roja, para llegar por fin a la Rosa de Oro, ¿no sugiere en sí una magnifica expansión de Fuerza? ¿Existe medio mejor para representar este proceso Espiritual?

La mayoría de los hombres trata de mejorar su vida porque desconoce este proceso y se pierde en los innumerables bienes de este mundo. Desde los objetos del consumo hasta las maravillas del arte, pasando por las bellezas de la naturaleza, todo se aúna para apartar al hombre de este principio inmortal, latente en él.
Pero esta búsqueda de los valores terrenales es ilusoria. Tarde o temprano nos veremos forzados a constatar que su resplandor es efímero y que todo lo que hemos acumulado acaba siempre por cansarnos o por desmoronarse. El que comienza a ver claramente estas realidades, se da cuenta de que de esta manera no se puede llegar a ningún resultado satisfactorio. Por lo tanto, no podemos hacer más que proseguir nuestra búsqueda.

Pero he aquí que la ciencia nos ofrece sus fascinantes incursiones en el mundo de la naturaleza, que van desde la maravilla de la flor hasta las estructuras microscópicas de los cristales y de los átomos; o bien, la mirada se evade hacia el universo infinito, cuyo majestuoso cielo estrellado ofrece un espléndido espectáculo de fascinante belleza.

Creemos encontrarnos cerca de Dios cuando ahondamos en lo infinito en busca de lo eterno. Creemos estar cerca de Él cuando vagamos entre las bellezas de la naturaleza, cuando admiramos espléndidas obras de arte, cuando asistimos a un servicio religioso en una iglesia o en una catedral imponente. A veces incluso, creemos ver a Dios. Pero éstas sólo son etapas en el camino de la vida de cada individuo, ya que si examinamos de cerca estas bellezas, debemos reconocer que son también perecederas y que no pueden dilucidar al Ser Divino. Lo perecedero no puede conducir a Dios.

La grandiosa ordenación del cosmos y las inconcebibles dimensiones del macrocosmos sugieren a los hombres cierta imagen de lo Divino, como si esta grandeza inconmensurable del cosmos hiciese presentir la existencia de una potencia creadora de los mundos. No obstante, sería muy simplista creerse en contacto con Dios, mediante esta contemplación del cielo estrellado.

Por otra parte, las estrellas nacen y desaparecen, sistemas galácticos enteros, de dimensiones inimaginables, nacen y se desintegran, tal como es demostrado por la astronomía. Descubrimos de repente que esta imagen cósmica irradiante de aparente tranquilidad, no es de hecho inmutable, sino que está regida, al igual que nuestro pequeño planeta, por el *devenir* y el *desaparecer*, aunque en ese caso se trata de dimensiones infinitamente más vastas.

Intentemos entonces con miras más altas, llegar con el pensamiento y la lógica a una percepción de lo Inmutable. ¿Acaso no proclama la ciencia, como postulado fundamental, la supremacía de las leyes naturales? Cualquiera que sea el lugar y el tiempo en el que los fenómenos aparecen, las leyes permanecen invariables. Así es como creemos tener en nuestras manos algo definitivo, y estar confrontados con lo Divino.

Sin embargo, la ciencia contemporánea ha reconocido la necesidad de corregir sin cesar sus teorías para adaptarlas a la observación cada vez más exacta de los fenómenos. Las teorías se esfuerzan por acercarse más y más a estas leyes, pero nunca lo logran completamente, pues por esta vía lo Absoluto permanecerá siempre inaccesible.
¿Y si tras haber buscado exteriormente por todas partes el Principio Divino, y no habiéndolo encontrado, volviésemos la mirada hacia lo más profundo de nuestro ser y empezásemos a buscar en nosotros mismos? ¿No nos han hablado en efecto de la inmortalidad del alma?

Penetremos entonces en nuestra vida interior y tratemos de descubrir su fin supremo.

Gracias a pensamientos racionales y filosóficos podemos crear una poderosa esfera de serenidad. Podemos dejar que nuestra alma se llene de pensamientos elevados y, en ese estado de serenidad de espíritu, creer haber llegado a la meta.

En las iglesias oímos decir que después de la muerte nuestro cuerpo mortal vuelve a la tierra, mientras que el alma inmortal se eleva. Según esta concepción se admite que el alma, una vez liberada del cuerpo sale para unirse a Dios en los planos del más allá, que su sitio está incluso preparado allí.

Se enseña además que en el más allá será juzgada nuestra alma de acuerdo con nuestro comportamiento en la tierra. Entonces, el alma se elevará y será conducida al cielo, o bien, a causa de pecados leves, será enviada al purgatorio, o bien, en caso de pecados mortales, será condenada al infierno por toda la eternidad.
¿Y Dios reside ahí? ¿Cree usted de verdad que podemos descubrirlo en el más allá?

La Escuela de la Rosacruz explica que esta alma perece igualmente, un tiempo después de su llegada al más allá, tras la muerte física, y que va a ser confrontada con fuerzas naturales, también perecederas. Después de un tiempo no queda absolutamente nada de esa alma, ya que se disuelve completamente según cierto proceso etérico.
Por consiguiente, no es en el más allá donde hay que buscar a Dios, pues allí no es posible ninguna realización verdadera.
A la luz de todo lo que precede, surgen dos preguntas muy importantes:

- ¿Hay un solo Dios?
- ¿Dónde hay que buscar la eternidad?

Algunos se desesperan y otros se resignan, porque ya no saben dónde buscar. Sin embargo, hay personas que oyen hablar de la Rosacruz, de la Escuela Espiritual Transfigurística, cuya misión es revelar el verdadero sentido de la vida, la Vida en la que no hay lugar para la muerte y en la que la decadencia no existe. La Escuela explica que no somos únicamente núcleos ínfimos de consciencia, esparcidos arbitrariamente en uno de los planetas más pequeños de nuestro sistema solar, sino que hay una razón profunda que justifica nuestra existencia, y que nuestro destino es realizar un Plan grandioso.

La complejidad de los aspectos que acabamos de evocar nos da a entender que una breve explicación es insuficiente, sin embargo, el que busca tiene derecho a que se le den razones satisfactorias, pero deberá entender también que incluso un estudio profundo no es suficiente para llegar a este conocimiento. ¡Necesita una ayuda!

En nuestra época estamos tan estrechamente encadenados a las cosas de este mundo, que no podemos liberarnos de ellas por nuestras propias fuerzas, y aunque comprendiésemos perfectamente el gran Plan, no podríamos realizarlo solos.
La Escuela Espiritual de la Rosacruz Moderna se ha preparado para ofrecer esta ayuda, y está capacitada para realizar esta tarea, a condición de que el hombre confíe en ella *¡Eso es fácil de decir*! – pensará usted.
No obstante, la trascendencia de dicha ayuda sólo puede ser apreciada por el que sinceramente busca el sentido profundo de la vida, y que, habiendo sufrido muchas experiencias funestas y negativas, ha llegado a un punto muerto. Tal persona está en condiciones de comprender el mensaje de la Escuela.

La Escuela no propone en ningún caso experiencias que irriten la sensibilidad, tales como las que se practican en el seno de diferentes círculos, con un fin más o menos esotérico (ocultistas, espiritistas, etc.)

El camino hacia la Eternidad no puede ser abordado con medios que proceden de la naturaleza en la que vivimos. Para recorrer este Camino se necesitan poderes completamente nuevos, poderes cuyo origen no se encuentra en esta naturaleza terrestre. Todo el que busca, guarda en el fondo de sí, estos poderes en forma de átomo sobrenatural, tal como se ha indicado al principio de la presente carta. Como ya dijimos, la Escuela Espiritual denomina a este Átomo, *la Rosa.* Este poder latente debe abrirse y expandirse en el hombre, haciendo posible el regreso a la Morada del Padre.

Quisiéramos que supiera que el Camino indicado por la Escuela de la Rosacruz Moderna es muy realista, aunque a veces descubramos en él una nota mística.
Quien encuentra su felicidad en esta existencia, quien se contenta con los tesoros de este mundo y considera la belleza de esta naturaleza como lo más sublime, no podrá emprender ninguna búsqueda de los valores eternos.

Un ser satisfecho en ese sentido nunca establecerá contacto con la Escuela Espiritual; entre otras cosas porque no tiene ninguna pregunta que hacer y considera esta búsqueda como algo superfluo y sin sentido.
Por el contario, quien busca más allá de lo efímero, quien quiere abrirse a las nociones de la Eternidad y elevarse por encima de este mundo limitado, encontrará en las próximas cartas indicaciones de gran valor.

Sus amigos del,
TRABAJO DE ATRIO